

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 206

25 cts

27 ENERO
1929

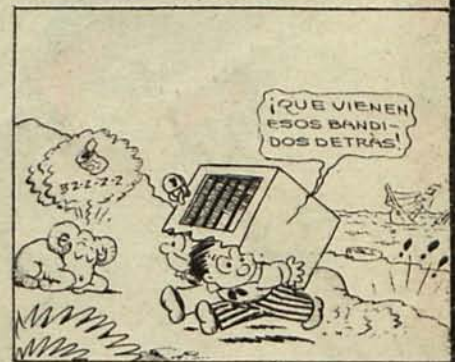
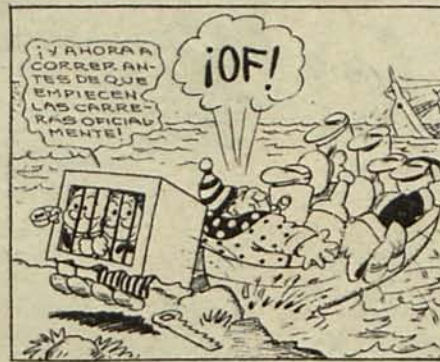
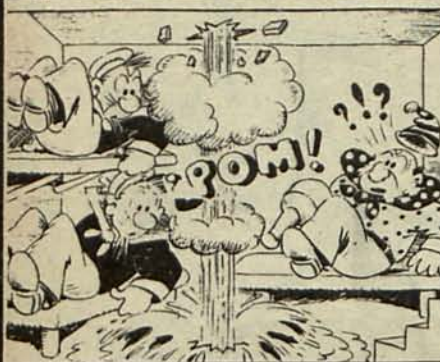


- ¿PARA QUE HAS HECHO UN NUDO EN ESE PAÑUELO?
- PARA ACORDARME DE QUE TENGO QUE PEDIRLE DINERO A ALGUIEN
- ¿A QUIÉN?
- ESO ES LO QUE YO NO ME ACUERDO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVIÓN NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación)

y en la tierra. La barquilla, de forma oblonga, tenía la hélice necesaria para imprimirla la dirección deseada;

en cuanto a la ascensión, efectuábase con una rapidez fulminante, en línea diagonal, por medio de un propulsor aplicado a la popa de esta nueva arca de Noé, factible, por medio de pesos adicionales, de asumir la oblicuidad necesaria para la elevación o el descenso. La cabina, que como hemos dicho, alzábase en el centro de la barquilla, estaba provista de todas las comodidades compatibles con el espacio. La barquilla, conservaba el equilibrio, por medio de dos grandes alas articuladas, unidas a sus flancos, y colgaba, sólidamente sujeta, de un globo construido con una tela especial. Volkoff; que había seguido atentamente todas las peripecias de la coraza construida por el italiano De-Benedetti, era un entusiasta de este descubrimiento. Había examinado la coraza con gran atención, haciendo numerosos experimentos, y perfeccionando el método seguido por el inventor italiano, obtuvo una tela sutil, flexible, perfectamente impermeable al hidrógeno y — ¡resultado verdaderamente admirable! — a toda prueba contra los proyectiles de armas de fuego, aún cuando fuesen disparados a quemarropa.

Esto era una ventaja inapreciable, puesto que de esta manera Volkoff, precavía a su globo, de mayor peligro, el de estallar al primer disparo de fusil, que un enemigo hiciese contra él.

Al globo exterior, seguían, dispuestos como los involucros de un huevo, otros tres globos concéntricos de la misma tela *parabolas*. Cada globo estaba hinchado de hidrógeno.

Los cuatro globos, destinados a sustituirse el uno al otro, en caso de necesidad, estaban todos unidos a la barquilla.

Dovydiv, examinaba admirado, el magnífico aparato, pero en cierto momento, le dijo a Volkoff:

—Todo esto está muy bien, pero hay una cosa que no comprendo.

¿No me has dicho, que la barquilla, empujada por la fuerza electro motriz, transmitida sin hilos a su motor isotónico se lanzará por el aire como un proyectil?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿qué falta hace el lastre y el globo?

Volkoff hizo un movimiento de cabeza.

—Tu objeción sería perfectamente justa, si yo pudiera garantizar de un modo absoluto, el funcionamiento de

la dinamo; pero, ¿quién puede afirmar, que, por mil razones, unas más probables que otras, no me falte en un mal momento la energía? En ese caso, mi cuartito aéreo se precipitaría al suelo, con una rapidez que estaría en gran contraposición con el instinto de conservación de sus habitantes...

—Comprendo, en ese caso, el globo sería tu salvación.

—Ni más ni menos. Y ahora —añadió Volkoff— comprenderás, que todo esto si no lo hubiera inventado yo, lo habría inventado cualquier otro, y sería una estúpida bagatela, sino me sirviese a mí de algo... ¿Has comprendido mi idea?

—Creo que sí. Montados sobre esa especie de proyectil dirigible, podremos alejarnos de la tierra, o acercarnos, o escoger el punto del horizonte que más nos agrade, examinar ciudades, países, campiñas y lanzar la bomba cargada de *catástrofitas*, en el punto determinado... ¿No es eso?

—Eso mismo. Pero tú no precisas en otra ventaja incomparable de mi sistema; en el tiempo que emplee la bomba en atravesar el espacio, el avión, con una sencilla presión sobre un interruptor, se lanzará entre las nubes a una velocidad de cien kilómetros por hora, y a tal altura, que estará fuera del alcance de cualquier disparo... Fácilmente comprenderás, que ninguno de los globos ordinarios, podrá competir con nosotros, en cuanto a dirigibilidad y velocidad.

—¿Y cuando haremos la prueba?—preguntó Dovydiv, conquistado por la serenidad de la frase, el acento de seguridad de su amigo, y más que nada, por el minucioso examen de los más pequeños detalles del aparato, explicados por su inventor, con admirable exactitud.

Dovydiv, quedóse estupefacto de la perfección obtenida en la construcción, y no se cansaba de demostrar su asombro.

—¿La primera prueba?—repitió Volkoff sonriendo —¿y me hablas de pruebas? ¿Cómo quieres tú que, espías como lo estamos, podamos arriesgarnos, y exponer a las sospechas de la policía, una cosa como esta? ¡Nuestra primera aparición la haremos mañana... en la gran Revista militar del Campo de Martel

—¿Y si el aparato no funcionase?

—¡Haremos realizado una tentativa pero no será inútil, ya que esto les facilitará el camino a otros, más afortunados que nosotros!

—¿A otros aeronautas?

—¡A otros bombistas!—dijo Volkoff, corrigiendo a su amigo— ¡la aeronáutica, no me interesa, más que por lo que puede ayudar a la balística! ¡Pero piensa en cambio qué inmensa satisfacción si triunfamos! ¡Dueños del aire, sin que nos preocupe la cantidad de peso

que llevemos con nosotros podremos lanzar proyectiles explosivos y transformar la tierra en un volcán!

En aquellos últimos tiempos, los horrores cometidos por la policía rusa, habían aumentado trágicamente; el teniente general Paulow, presidente y procurador general de los tribunales militares, había dictado tantas sentencias de muerte y tantas ejecuciones que el pueblo habíale puesto el sobrenombre de «verdugo».

A veces llegó hasta el extremo de crueldad, de detener el envío de los telegramas que contenían el indulto imperial, y de hacer que se cumpliera la sentencia, como si no hubiese sido concedida la gracia. La conciencia de este hombre era tan malvada, que no sentía el menor pudor de su crueldad. Si alguien le reprochaba la inhumana supresión de los decretos de indulto, él respondía:

—¡He cumplido con mi deber!

Con todo esto, si bien se anunciaron, los más inhumanos procedimientos de represión, Volkoff al pronunciar sus últimas palabras no pensaba en represalias políticas. ¡Todos sus sentidos, pero especialmente los del oído y la vista, estaban conquistados, fascinados, por la representación de un enorme espectáculo, compuesto de dotaciones formidables, de explosiones gigantescas, de colosales chorros de llamas!

¡Era el propio y verdadero triunfo de la bomba, por la bomba, fuera de toda otra consideración política y social!

A la mañana siguiente, una hermosa mañana de primavera, dorada por las suaves tintas del sol del Norte, toda la población de San Petersburgo estaba reunida en el Campo de Marte, para asistir a la gran revista de Primavera. Delante de la tribuna, levantada para este acto, agolpábase toda la guardia; más de veinticinco mil hombres. Otros Estados pueden vanagloriarse de poseer una fuerza militar igual o superior a la de Rusia, pero ninguno puede presentarla bajo un aspecto tan fastuoso y pintoresco. Todas las razas y las armas del vastísimo imperio, estaban formadas delante de la tribuna imperial, la cual aparecía terminada por una corona de oro y decorada con preciosas colgaduras. Toda la gama de los colores, y de los reflejos metálicos, palidecía ante el espléndido fulgor de la luz de los nobles oficiales de la guardia, los cuales, parecían haber surgido, por una prodigiosa resurrección desde las tumbas de la romántica Edad Media, hasta los Kirghis, todavía paganos, de la estepa asiática, símbolo del camino que aún le queda por recorrer a la civilización rusa.

La artillería, la caballería y el parque aerostático, formaban en los sitios que tenían designados, y el pueblo admiraba, conmovido, las formidables y relucientes piezas, los briosos caballos, los robustos y disciplinados soldados.

Pero la atención general era atraída preferentemente, hacia el parque aerostático, formado por numerosos globos cautivos, provistos de todos los últimos perfeccionamientos.

Sin embargo, la atención del gentío, concentrábase

en la llegada del Emperador, esperado a cada minuto. Efectivamente, después de un breve rato, vióse ondular a la compacta multitud, se oyó el sonido de las trompetas de plata, y un grito sonoro, corrió de un extremo a otro de la columna, como una mecha encendida.

—¡Atención!

Igual orden fué transmitida por millares de voces.

—¡El Emperador!

Éste apareció a lo lejos, en el ángulo del Campo de Marte. A su aparición todas las banderas se agitaron, oscilando; todas las músicas uniéronse en un coro formidable, para lanzar al cielo, el grito del himno nacional «¡Dios salve al Czar!» Él, acercábase a pequeño galope. A sus espaldas, desplegábase entre tanto la escolta en la que mezclábanse confusamente bajo distintas divisas, pero todas ellas centelleantes; los representantes más ilustres, y los más apuestos jinetes de la nobleza rusa, es decir, el símbolo de aquella casta, en cuyo beneficio exclusivo, el vasto y colosal imperio trabaja, sufre, llora y muere. El dueño y señor, se dispuso a pasar ante el frente de sus tropas. La emperatriz, seguía en carruaje descubierto; estaba pálida y asustada.

Aun cuando ella supiera, que a su alrededor, sólo palpitaban fieles corazones de esclavos; que la policía llevábala encerrada en un círculo infranqueable, a través de cuya muralla, la traición no podía abrirse paso, a pesar de ello, la duda por la seguridad del imperial esposo, llenábala de angustia turbándola con un miedo invencible, el goce de aquella colosal fiesta de sonidos, de luz, y de estremecimientos humanos.

Pero la emperatriz, fué distraída de improviso de sus tristes pensamientos. Todas las músicas militares, al acercarse el Emperador, entregáronse a un estrépito inverosímil, reanudando el himno con endiablada furia. Era un verdadero diluvio, un huracán de notas que acompañaban y envolvían al cortejo imperial.

La emperatriz, seguía el rápido diálogo entablado entre su augusto esposo y los soldados, y escuchaba sonriendo, repetir los saludos consagrados por el uso:

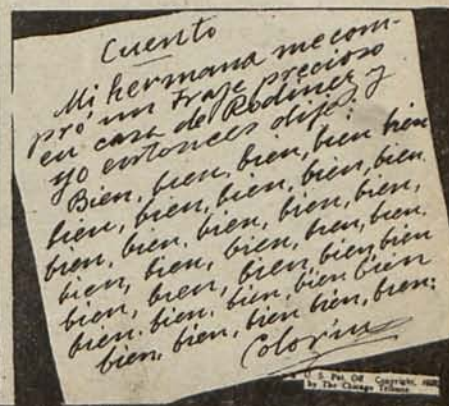
—¡Buenos días, muchachos!

—¡Somos dichosos en servir a Vuestra Majestad Imperial!

El soberano dirigióse hacia la tribuna de la gran duquesa. Cuando hubo llegado respondió con un movimiento de cabeza al saludo de la dama, y fijóse sobre los estribos, para asistir al imponente desfile.

Primero, avanzaron los pelotones de la escolta asiática, de la Rusia oriental y salvaje; siguieron los musulmanes de Khiva y de Bokhara, príncipes georgianos, circasianos, persianos, figuras enérgicas de mongoles caucasicos. Estos guerreros primitivos, armados con lanzas y mazas de acero, vestían largas cotas de malla, sobre trajes de seda de colores vivos; cubrían sus espaldas con magníficas pellizas, y en la cabeza, llevaban brillantes yelmos damasquinos, o gorros tártaros. El singular pelotón, bizarra evocación bárbara, represen-

(Continuará en el número próximo)





UNA CACERÍA EN EL RIO MARONÍ

POR E. JALGARI

(Continuación)

La hoja de la espada del cazador había trazado como un surco al través de aquella selva virgen. Por todas partes se veían raíces y ramas cortadas y lianas colgantes y algo amustiasdas. Nos internamos por aquel paso, llevando siempre el dedo en el gatillo del fusil, pues

no escaseaban las bestias
GRÜNDO

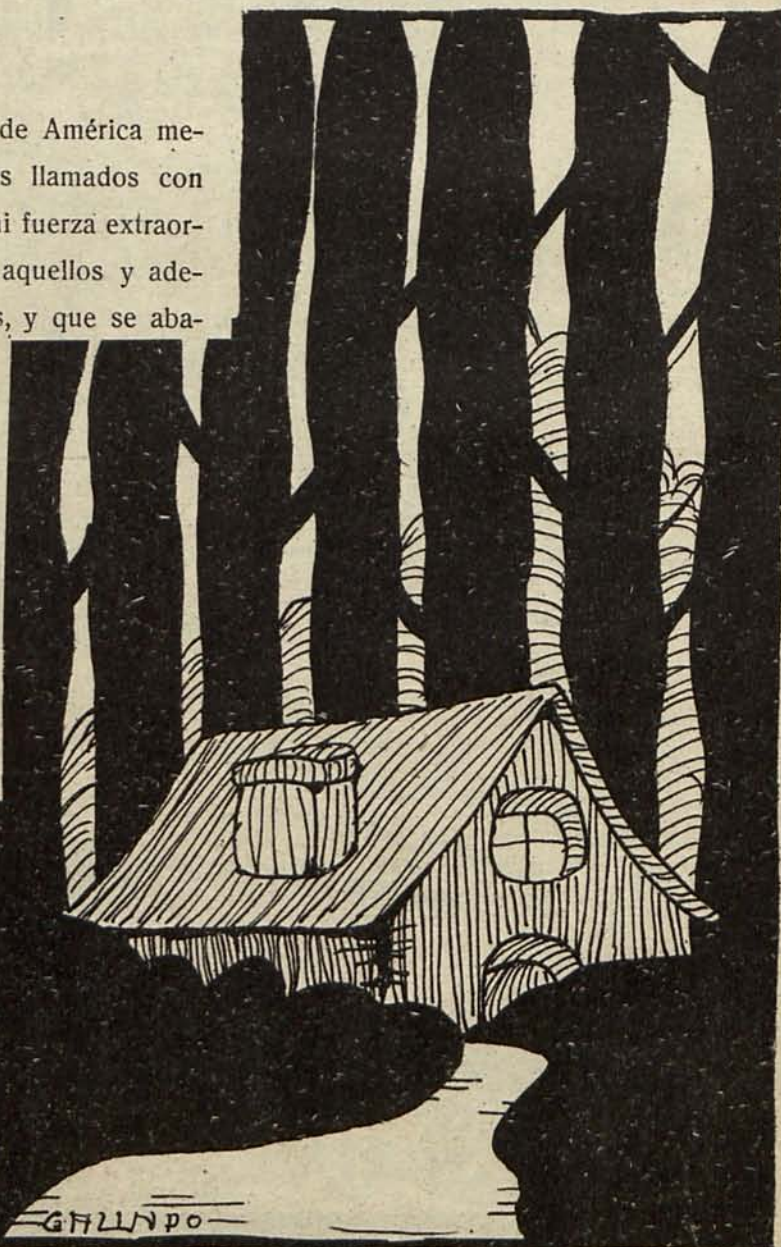
feroces en aquellos bosques de las Guyanas.

Además de los jaguares, que son los tigres de América meridional, hay *coguáres*, animales más pequeños llamados con razón los leones de América, sin su majestad ni fuerza extraordinaria, pero que son más peligrosos aún que aquellos y además las onzas que son pequeñas, pero audaces, y que se abalanzan traidoramente sobre los cazadores.

Habíamos recorrido ya unos mil pasos, siguiendo siempre la huella hallada, cuando tropezamos de improviso con el cadáver de un perro. El pobre animal había sido desventrado y yacía con las patas al aire mostrando los intestinos.

Miguel lanzó un grito.

—¡Uno de los perros de mi amo!—dijo—
¡Qué desgracia, qué desgracia!





—Busquemos al otro y después a mi amigo. Aún no estoy convencido de que haya muerto y no lo estaré hasta que no vea su cadáver.

Proseguimos la marcha atravesando la inmensa y dilatada selva, pasando bajo algunos árboles que tendrían más de sesenta metros de altura y hojas que no medían menos de diez de longitud por cuatro de ancho, una de las cuales bastaría por sí para ser la carga suficiente para un hombre.

Recorridos otros ciento cincuenta o doscientos metros, nos hallamos ante una pequeña plazoleta o calva desprovista de árboles, y en el medio vimos una masa oscura que no logramos distinguir bien a simple vista,

—Ahí hay alguien que duerme o que ha muerto —dije a Miguel.

—¿Será mi patrón?—dijo el capataz de la mina palideciendo.

Avanzamos con mil precauciones enfilándole nuestros fusiles, pero la masa aquella no se movía. Cuando estuvimos ya a pocos

pasos, un grito de sorpresa se escapó de nuestros labios.

—¡Un jaguar!

Era, en efecto, uno de aquellos terribles animales que son el terror de las selvas americanas. La fiera yacía boca arriba con la cabeza atravesada por un balazo disparado a quemarropa y aún tenía entre sus garras oprimido y destrozado un perro.

—¡El otro perro de mi amo! —exclamó Miguel—. Lo reconozco. ¡Dios mío, qué le habrá pasado a mi señor!

En aquel momento oímos una voz que clamaba lastimosamente.

—¡Agua, agual!

Nos dirigimos hacia una enorme simarruba, bajo la cual parecía haber sonado el grito.

Allí debajo estaba mi amigo Cardali con la cabeza apoyada en el tronco del árbol, las ropas ensangrentadas y los dedos crispados agarrando el fusil.

Apenas me vió se sonrió y después, bien fuera por el dolor o por la emoción, cayó al suelo como si estuviese muerto.

(Continuará en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¡OIGA! ¿ES DON TURU EL QUE ESTÁ EN EL APARATO?

¡VAYA UNA PREGUNTITA!
¿NO ME ESTÁ USTED
VIENDO?



BUENO; DÍGALE A LA SEÑORA CONDESA QUE MUCHÍSIMAS GRACIAS, PERO QUE HOY NO ES MI SANTO

NO IMPORTA, DON TURULATO. LA SEÑORA CONDESA TIENE MUCHO GUSTO EN OBSEQUIARLE

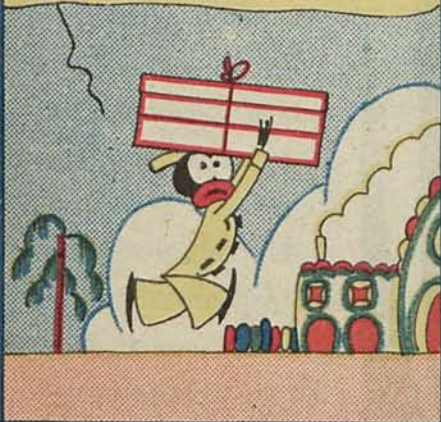


ANDA, CURRINCHE; YA TE ESTÁS LARGANDO A CASA, DE LA CONDESA DEL AJO TIERNO A RECOGER UN OBSEQUIO QUE TE DARÁ PARA MI

¿ES MUY DULCE, MUY DULCE?

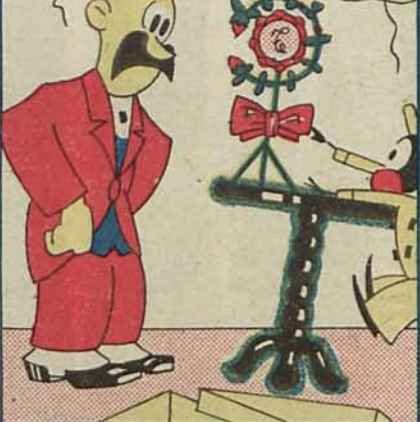


¡QUÉ OJILLOS DE GOLOSO VA A PONER DON TURULATITO CUANDO VEA ESTA CAJA! ¡COMO SEAN CHANTILLISES, NOS VAMOS A HINCHAR!



¡FÍJATE QUE FLORIPONDIO MÁS LINDO ME HA BORDADO LA CONDESA! ¡ES DELICADÍSIMO!

ÉCHEMELO PARA ACÁ



¿VES LO QUE HAS HECHO?

¡ATIZA! ¡SE HA CAÍDO A LA CALLE Y LE VA A DAR EN LA CABEZA A UNA SEÑORA QUE SE ESTÁ RETRATANDO



SONRÍASE UN POQUITO. ¡QUIETA!... ¡A LA UNA... A LAS DOS...



¡...Y A LAS TRES!... ¡YA ESTÁ!



Pollinex
FOTOGRAFO

LAURA LA COTORRA INDISCRETA

¡HAZ CALIAR A
ESE APARATO
PORQUE HACE
UN RUIDO
ATROZ!



«BRR»
«BOK BOK»
«EEK
PHY»



¡SI, MAS VALE
QUE SE CALLE
PORQUE ESTA
INAGUANTA-
BLE!



...QUE SE
CALLE PORQUE
ESTA INAGUAN-
TABLE!



COMO

¡HE TENIDO LA
GRAN SUERTE
DE SER INVIT-
TADO ALBAN-
QUETE QUE
DA EL DI-
PUTADO!



¡Y COMO DIPUTADO POR
ESTA PROVINCIA OS
PROMETO LA CONSTRUCCION
DE LA CARRETERA....!



¡QUE SE CALLE, POR-
QUE ESTA INAGUAN-
TABLE!



© 1928, by Newspaper Feature Service, Inc. Great Britain rights reserved

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡POR EL EXCELENTE TRA-
BAJO QUE TIENE LA BA-
RAJA QUE HAS HECHO
TE REGALO ESTAS ON-
ZAS DE ORO!



¡MORRONGUIS; HAS TENIDO
UNA GRAN IDEA AL POSAR
CON TUS NUEVE VIDAS CO-
MO SI FUERAN PALAS DE
LA BARAJA!



¡TOMA, UN LITRO DE
LECHE PARA CADA
UNA DE TUS
VIDAS!



¡Y AHORA
QUE YA NO
TENGO HAM-
BRE, ESCON-
DERE ESTO
QUE ME HA
SOBRADO
PARA OTRA
VEZ!



¡YO CREO
QUE AQUI NO
HA DE VENIR A
BUSCARLO
NADIE!



¡SEÑOR, TEN-
GO QU VOUER
AL PALACIO, PUES
SE ME HA OLVI-
DADO DARLE
CUERDA AL
RELOJ!



¡COMO ESTÁ LEJOS,
POR SI TARDAS MU-
CHO TE ESPERARÉ
SENTADO EN
ESTE SITIO!



¡AUNQUE PA-
REZCA PARA-
DOJA VENGO
A QUE ME
PRESTES
UN GATO!

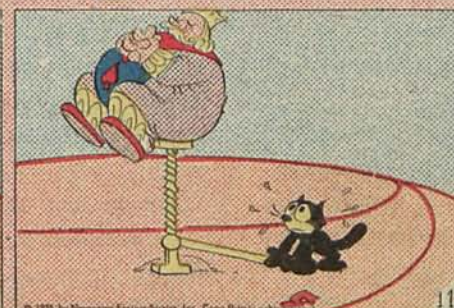
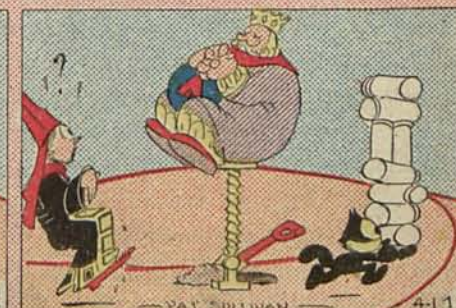


¡PERO ENTONCES
...! ¿TU QUE
ERES?

CARPIN-
TERIA



¡AHORA VAIS
A VER LO QUE YO
HAGO CON ES-
TE TOCAYO,
MIO!



© 1928, by Newspaper Feature Service, Inc. Great Britain rights reserved

PAT SULLIVAN

4-12

CUENTOS DE CALLEJA

EL DUENDE ROJO

Castillo



El Rey Don Dionis, de Portugal, tenía una abuela; esto no tiene nada de extraño.

La abuela del Rey Don Dionis, era muy aficionada a repasar los trapitos de su casa; tampoco esto tiene nada de extraordinario.

Lo que sí resulta maravilloso es que un día en que se puso a remendar los calcetines de su nieto, al tomar el hilo, la aguja y el dedal, vió que de este último salía un homonicaco de color rojo y del tamaño de un piñón sin cáscara; por todo vestido llevaba una caperuza, también de color rojo.

La anciana se asustó, pero no mucho. ¿Quién puede tener miedo a un hombre de tamaño de un piñón?

El homonicaco dió un brinco, propinó a la anciana un papirotazo en la punta de la nariz y se escondió entre los hilos, las agujas, los botones y los alfileres del costurero.

La Reina abuela le buscó, encontrándole debajo de un dedal. El hombricillo, al salir de su escondite, se irguió valerosamente, y, quitándose la caperucita, habló de esta manera:

—Trátame con más respeto, pues soy el jefe de los caperucitas, y, aunque somos pequeños, nuestro número es tal, que suplimos con él nuestra falta de fuerza y de estatura.

La Reina abuela, al oír tales razones, prorrumpió en estridente carcajada.

—Perdone su excelencia—dijo en tono irónico—si no le he tratado con la merecida consideración; pero dígame en qué me puede favorecer y en qué me puede perjudicar.

—¿No has oído decir que no hay enemigo pequeño?—exclamó el duendecillo—. Pues bien; puedo hacerte perjuicios muy graves y beneficios de consideración. Vas a verlo ahora mismo. Tú estabas repasando ropa blanca y bordando en cañamazo; toda tu tarea será realizada en cinco minutos por mi gente.

Y sacando del bolsillo un pequeñísimo silbato de oro, que tendría el tamaño de la punta de un alfiler, produjo un ruidito, semejante al de un grillo pequeñísimo. No bien hubo sonado aquel minúsculo silbato, la ropa y el bastidor aparecieron cubiertos por millones de enanillos, que con agujas microscópicas, comenzaron el trabajo con inaudita actividad.

Al cabo de cinco minutos cesó el trabajo, y los enanillos desaparecieron por donde habían venido, pudiendo ver aún la Reina abuela cómo desaparecían las últimas filas entre las junturas de dos ladrillos. Fijóse luego en la obra comenzada,

y su admiración fué extraordinaria; la ropa blanca había sido repasada con tal primor, que los zurcidos no se conocían y las puntadas eran tan finas, que el ojo humano apenas alcanzaba a percibir las. En cuanto al bordado, parecía un tejido hecho por las propias hadas. ¡Tan maravilloso era!

—¡Bien está!—dijo la Reina al duendecillo—; veo que puedes ser útil; y ahora dime: ¿cómo puedes ser perjudicial?

Sonrió el enanillo con malicia; y, volviendo a sacar el silbato, lo hizo sonar dos veces con bastante más fuerza que antes, y pocos segundos después, prorrumpió la Reina en fuertes alaridos; millones de homonicacos materialmente la cubrían, desde la cabeza hasta los pies, pinchándola, mor-diéndola y produciéndola una comezón

insoportable.

—¡Basta!—gritó la Reina sin poderse valer.

Y a otro toque del misterioso silbato, se encontró libre de sus importunos asaltantes.

—Ahora, dime—exclamó dirigiéndose al duendecillo—si yo puedo servirte en algo, porque estoy dispuesta a complacerte.

El enano, con faz risueña, contestó:

—Concédeme la mano de tu nieta y siempre estaré a tu servicio.

Al oír tan extraña petición, no pudo menos de contestar la





Reina, ahogándose de risa:

—Pero, hombre o lo que seas, ¿cómo te has de casar con mi nieta, que te puede guardar desahogadamente en el guardapelo de su reloj?

—Eso es cuenta mía. Preséntame en la corte, y yo me encargo de lo demás.

Accedió la Reina, e inmediatamente reunió a la corte y le dijo mostrándole al duendecillo rojo en la punta de un mondadientes.

—Aquí tenéis al futuro Príncipe consorte.

Los cortesanos creyeron que se trataba del mondadientes, y, por consiguiente, de una broma de la Reina, y por adulación rieron la gracia; más cuando, fijándose un poco, vieron al hombrecillo, prorrumpieron en estridentes carcajadas. Uno de ellos llevó su insolencia hasta el punto de sacar un lente y decir con fingido respeto:

—Su Alteza tiene el pelo un poco crespo y pincha como alfileres.

En este instante se oyó una especie de chirrido, y un segundo más tarde las damas de la corte comenzaron a gritar llenas del mayor espanto. Los hombres no gritaban, pero hacían gestos desesperados y huían en todas direcciones.

Era que millones de caperucitas habían brotado del suelo a la voz de su Príncipe, y comenzaron a pinchar con sutilísimas agujas la carne de los cortesanos. Cada uno se creía invadido por una innumerable legión de pulgas que picaban tan fuerte, que a pesar de la etiqueta de la corte, nadie pensó más que en rascarse.

En medio de aquel alboroto se oyó otro pitido, y la corte volvió a quedar en calma. Era la señal de que los duendecillos se retiraran; y, en efecto, un minuto después todos los hombrecillos desaparecieron.



No se atrevió ya nadie a reírse del Príncipe futuro, y se procedió al solemne acto de los esponsales. Compareció en el acto el Notario mayor de palacio, y sobre una mesa de oro se extendió el contrato matrimonial, al que sólo faltaban las firmas de los futuros esposos.

Toda la corte se preparaba a ver cómo se las componía el

hombrecillo para manejar la pluma, que abultaba veinte veces más que él, y todavía les preocupaba más cómo habría de subir a la mesa; pero la Reina lo bajó del mondadientes y le colocó sobre él papel del contrato.

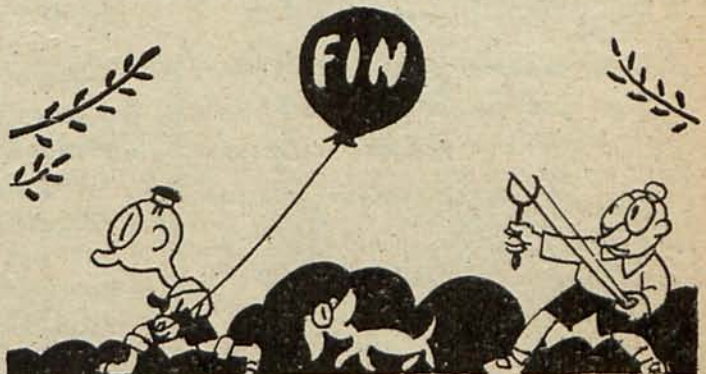
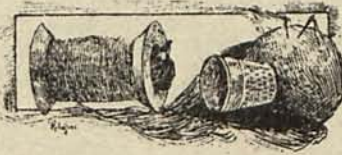
Firmó la Princesa, y para que firmase el duendecillo, trajeron un alfiler y un dedalito con una gota de tinta.

Fué maravilloso ver la letra diminuta, pero elegante y clara, conque firmó; y apenas había terminado la rúbrica, cuando dió un estirón formidable, apareciendo esta vez como un gallardo mancebo de aventajada estatura.

—Soy—exclamó—el Príncipe Clodoaldo de Miguelturra. Un encantador de mala sombra me redujo, con todos mis súbditos al microscópico tamaño que hace un momento tenía. Para desencantarse era preciso que una Princesa compasiva me diera su mano. Yo era—continuó dirigiéndose a la Reina—el que, por llamar su atención, te revolvió la costura, tirando cada cosa por su lado; y pues Dios ha hecho, como siempre, lo mejor, llamaré a mis súbditos, y siga la fiesta.

Sonó un silbato, que esta vez era del tamaño de una corneta de caza; le hizo sonar tres veces poderosamente, y por entre la lana de la alfombra comenzaron a brotar soldados, damas de honor y pajes que, al aparecer, adquirían la estatura ordinaria de los hombres.

Celebráronse las bodas con gran solemnidad, y vivieron felices mucho tiempo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Oye, mi querido buho, ¿tú has oído hablar alguna vez de un mar que le llaman el mar Muerto?

—No alguna vez, amigo Chonón, sino muchas veces. El que por lo visto no le ha oído nombrar nunca eres tú.

Es cierto.

—¿Pero es cierto? ¿No estudiaste Geografía en la escuela?

—Sí que la estudié; pero mi memoria ha flaqueado en este punto y no recuerdo ni dónde está ese mar. Lo que ha despertado más mi curiosidad es el nombrecito que le han puesto. Eso de mar muerto me choca extraordinariamente. Yo no concibo que un mar se pueda morir. En cambio, me explico que pueda haber mar blanco, mar rojo, mar amarillo y mar negro por la coloración especial de sus aguas; pero eso de mar muerto te digo que no lo concibo.

—Pues también tiene su explicación, querido Chononcito.

—Venga, pues.

—Antes quiero que sepas que el mar Muerto está situado en una región asiática llamada Siria, a 394 metros bajo el nivel del mar; también se le denomina Asfaltites. El calificativo de muerto le fué puesto por San Jerónimo, y en verdad que el nombre le está a las mil maravillas.

—¿Por qué? ¿Es que un mar puede estar vivo o muerto?

—El mar, claro que no, pero en todos los mares, menos en éste, hay peces, hay aves que revolotean en su superficie, hay vegetación en sus orillas y hay moluscos e infinidad de plantas acuáticas en su fondo. En este mar no hay nada de eso. No hay en él la más insignificante forma de vida. Sus aguas, completamente tranquilas, sin mareas, sin oleaje, no encierran en su seno ni un solo organismo vivo. Es más: los peces que llegan a él procedentes de los ríos, mueren en cuanto tocan sus aguas.

—Serán venenosas.

—Esta es precisamente la causa de que no sea posible la vida en ellas. En primer lugar, hay en disolución gran cantidad de asfalto.

—Por eso se llama también Asfaltites, ¿verdad?

—Ciertamente. Y, además de esta substancia, que por sí sola bastaría para matar a todos los peces y plantas, contiene cloruro de cal, substancia también muy venenosa, y abunda también mucho el cloruro de magnesio. Como ves, estas aguas son distintas a las de todos los demás mares.

—Entonces el que se caiga a ese mar morirá ahogado y envenenado.

—Y si se fuese al fondo, cosa que no es posible, moriría también asfixiado en el enorme lecho de barro asfáltico que hay en su suelo.

—¿Y tú a qué crees que obedece esto?

—A varias causas. En este mar, o mejor dicho, en este inmenso lago, desembocan ríos que proceden de las montañas de Sodoma, que son montañas en las que abunda mucho la sal, hasta el punto de que se las llama montañas saladas.

—¡Qué lástima! Si fueran de azúcar daría gusto.

—No seas goloso, Chonón. Otra de las causas es que junto a sus orillas, y en su mismo fondo, hay abundantes manantiales salinos, y también la evaporación del agua deja en pos de sí cuanto sal había traído y vuelve a caer sobre el lago, haciéndolo cada vez más salado. Esta composición del agua hace que sea más densa, turbia y pegajosa.

—Me has dicho antes, amigo buho, que no sería posible irse al fondo en este mar.

—Y así es; ya puedes tú mismo comprender la razón de ello.

—No caigo.

—Para hundirse en el agua es preciso que sea menos densa que nuestro cuerpo. El agua dulce es menos densa que el agua salada, y por eso es más fácil nadar en el mar que en los ríos. Las aguas del mar Muerto son tan sumamente densas, por la gran cantidad de sales que contienen, que no es posible hundirse en ellas.

—Entonces en este mar todo el mundo sabría nadar. No deja de ser una ventaja.

—Si no tuviera sus inconvenientes, si que lo sería; pero un baño en este mar resulta en extremo desagradable. Da la sensación de que se baña uno en un depósito de betún. Es agua exageradamente densa, pegajosa y bituminosa, y se queda adherida a la carne y al pelo como una pasta. Es necesario para desprenderse de ella bañarse luego en agua dulce, y aun así cuesta algún trabajo.

—Entonces el mar Muerto no sirve para nada.

—Para nada, como no sea para llenar la enorme cavidad en que se halla. Cubre la depresión más profunda del globo. Asia es la parte de la tierra en que se ofrecen los ejemplos naturales más extraordinarios. La mayor altura la da el Himalaya, y la mayor depresión es la del mar Muerto.

—Después de tu narración, me gustaría ver el aspecto de ese mar. Debe ser desolador. Ahora comprendo lo bien puesto que le está el apellido. Mar Muerto, mar sin vida.

Pinochista

¿Teneis todos los últimos tomos de mis incomparables aventuras y las de "Chapete que, ahora que no nos oye hay que decirlo: es malo, pero listo como siete?"

Aquí os doy la lista de los últimos publicados por si os falta alguno.

Vuestro incondicional

Pinocho

ULTIMOS TOMOS DE LA SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE

Chapete va por lana...

Pinocho en el planeta Marte.

Chapete el escarabajo.

Pinocho en la isla de Mentirijillas.

Los tres desmayos de Chapete.

Chapete, bandolero.

Pinocho y el Príncipe bueno.

Chapete y el Príncipe malo.

Pinocho se hace Pelicano.

Pinocho en el centro de la Tierra.

Chapete en la isla de los animales.

Pinocho y los tres pelos del mago Filomen.

Cada tomo 1,50 ptas. en todas las librerías y en la
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
Calle de Valencia, 28.—Madrid.

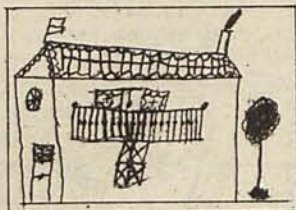
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Retrato.
NICOLÁS MOYA.



Casa de campo.
MARÍA EMILITA.



¡Alto!
ROSARIO LOSADA



Mi romano defensor.
E. PICHOT.



La «Santa María».
PEPÍN CASTELLANOS.



Mi amigo Currinche
FERNANDO BAQUERO.



AMALIA
VILLACAMPA.



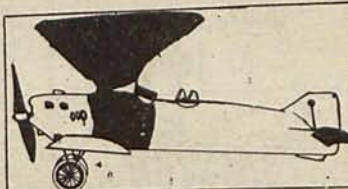
Dos entusiastas pinochistas.
NEMESIO QUINTANA.



Duende.
LUIS VIDAL RIBAS.



Don Panfíto.
EDUARDO GRAÚ.



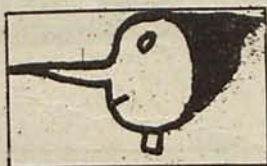
El aeroplano de Loriga.
LUIS GUERRERO.



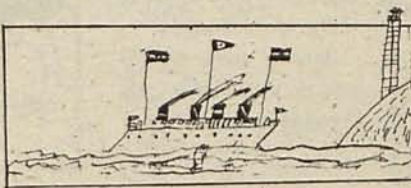
Una choza.
J. RUCOBA.



Saludo.
ROMÁN JUGO.



Pinocho.
FERNANDO PASTRANA.



Un transatlántico, de noche.
J. A.



Tela de araña.
N. N.



Indio.
A. XIMÉNEZ.



Mi priñia
LUIISA
VILLAMIL



Wendy.
LUIS VIDAL RIBAS.



Una pieza de caza
RAMÓN BÁEZ.



«El Conquistador»
N. N.



Mula.
S. GRAÚ.



Pájaro.
CARMEN ALLÍ.



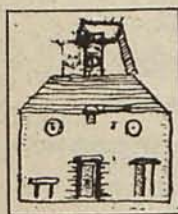
¿Lo conocéis?
JOSÉ M. PÉREZ
DE PRAT.



Pinocho.
E. LÓPEZ.



Currinche.
J. CASANOVAS.



Casa de campo.
MARIANO L. CEPERO.



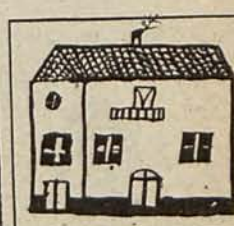
Chino pescador.
N. N.



Mis amigos.
MANUEL GONZÁLEZ.



Morrunguis.
ANTONIO PIROÓN.



La casa de mi madre.
JOSÉ ULECÍA.



Pinocho marino.
JUANITO DE LA SERNA.



Chonon y su buho.
F. GONZÁLEZ.



Mi tia.
ANGELITA
DOMÍNGUEZ.



La casa de Pinocho.
M. NIEVES ALONSO.

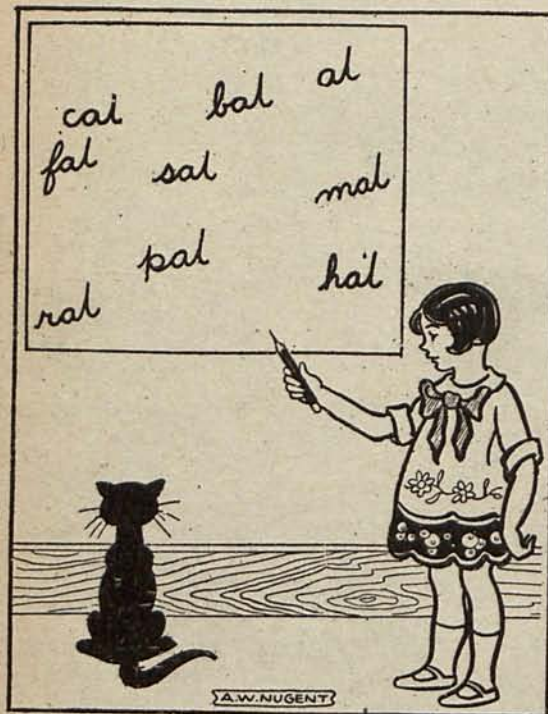


Morrunguis.
ROSARIO
LOSADA.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

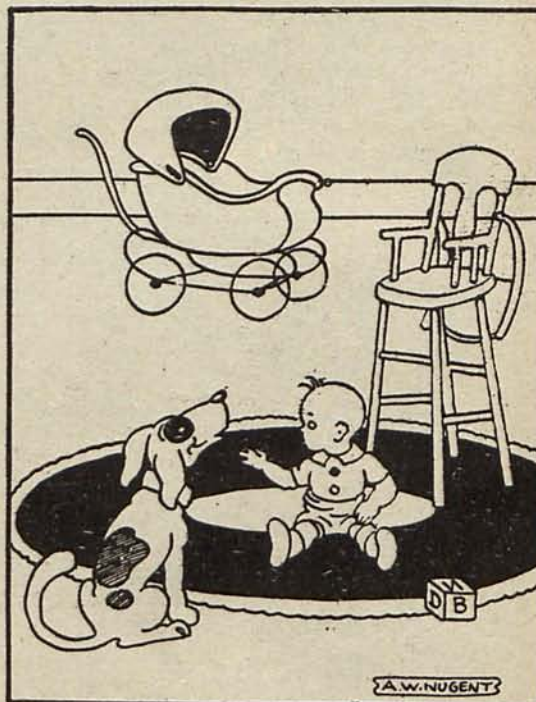
LAS ELES FATALES



A Morronguis cuando era joven le pusieron en un compromiso espantoso: Figuráos que le dijese que tenía que trazar, en ese dibujo que está contemplando tres líneas rectas de forma que cada una atravesara tres eles sin tocar a ninguna otra letra... Morronguis se pasó una larga temporada pensando sin lograr nada y cogió una indigestión de eles.

¿Seréis más afortunados vosotros ¡oh! jóvenes amables?

DIBUJO CON ERRORES



LOS PERROS CAZADORES



Aniceto y Bermudez, con dos perros muy castizos que han salido a la caza de ardillas, pero como estos animalitos son tan listos, se les han escondido dos entre la maleza y les estáis haciendo burla. ¿Donde están?

Hemos tenido cerca de dos meses a nuestro dibujante recluido en un manicomio.

De vez en cuando le hemos visitado. ¡Qué pena nos daba verlo! Cuando nos veía se ponía a llorar, con unos lagrimones tan grandes, que el director del manicomio, siempre que íbamos a ver al pobre loco se ponía el impermeable.

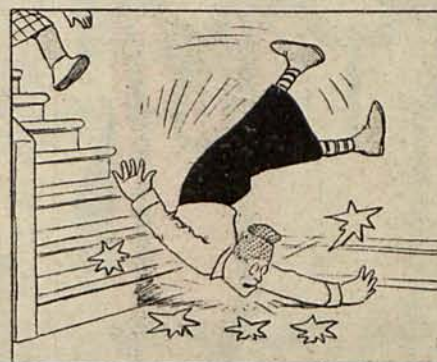
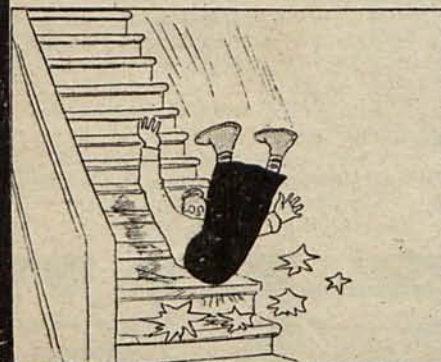
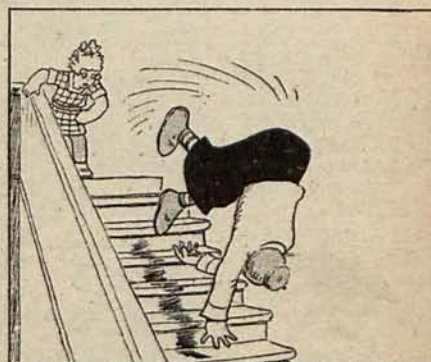
Al fin el otro día nos dió tanta lástima que decidimos traérnoslo a la Redacción...

Y aquí está con nosotros, si supierais la alegría que le dió a Pinocho al verle. Como que le quiso besar en la frente y por poco no le salta un ojo con la nariz...

Ahora contemplad este dibujo y veréis como la locura del pobrecito va en *crescendo*. Hay siete errores nada menos.

ANITA

BUEN-CORAZON



Sección Pirula

CHARLAS DE
PIRULA... MODISTA.



La caja de bombones de Rosina.—Rosina está loca de contenta; le ha sucedido uno de esos pequeños acontecimientos que a ninguna Pirulinda dejan indiferente.

¡Oh! no es un acontecimiento sensacional; es algo así como el estreno de un vestido, la visita del tío predilecto que regresa de un viaje no muy largo, una invitación para ir al teatro, y tantas otras cosas agradables que jalonean con flores la vida de mis lectorcitas.

En una palabra, el acontecimiento en cuestión es que le han regalado a Rosina una caja de bombones.

Se la ha llevado una señora muy amiga de su mamá, y le ha dicho que los Reyes la habían dejado en su casa, para ella.

Claro que Rosina, que no es tonta y está enterada de muchas cosas, ha comprendido muy bien que esta era una manera delicada que tenía la señora, de hacerle

un regalo; porque cuando los Reyes quieren obsequiar a un niño, lo hacen en su casa y no en otras; prueba de ellos son los

regalos que le han dejado a Rosina en sus zapatos, no más tarde que hace dos semanas.

Pero venga de quien sea la caja de bombones, lo cierto es que Rosina está encantada con ella. «¡Naturalmente! exclamaréis sin duda—Rosina estará encantada con la caja de bombones... y con los bombones de la caja.»

Pues no, la alegría de Rosina no es por los bombones, a pesar de que estos sean riquísimos, de chocolate, rellenos unos de crema, otros de licor, otros de praliné.

Y no es tampoco por la caja, aun cuando ésta sea preciosa, de raso, con unas frutas pintadas y muy adecuada para guardar en ella los pañuelitos.

Lo que a Rosina la encanta es... la cinta.

¡Ah! es que Rosina es una gran coleccionista de cintas; las tiene de todos los colores y de todas las calidades y, ya se sabe, caja de bombones que entra en la casa, cinta que va a engrosar la colección de Rosina.

Esta cinta de hoy bien merece los tiernos cuidados con que Rosina la plancha para quitarle las arrugas producidas por el nudo, y la dobla luego, ligeramente para que no se formen en ella nuevas arrugas.

A lo mejor, la colección de Rosina os parece una tontería completa, algo así como lo sería una colección de billetes del tranvía capicuas, o de plumillas oxidadas.

Pues no es así; Rosina no guarda sus cintas por manía, sino porque sabe muy bien que pueden serle útiles en muchas ocasiones, puesto que con cintas se confeccionan una infinidad de motivos caprichosos, de muy buen gusto y sobre todo muy «pirulescos» (quiero decir, fáciles de realizar) para adornar vestidos nuevos o para remozar vestidos viejos, ocupando,

sin que se note el arreglo, los añadidos a que haya lugar.

La manera más sencilla y una de las más bonitas de colocar las cintas, es pegar dos, de diferente color, una junto a la otra.

Esta combinación conviene para vestidos oscuros, de lana o de terciopelo negro; en estos casos, las cintas serán siempre de colores claros, pálidos o fuertes.

Si el vestido es de tela ligera y vaporosa, vuela o crespón, se utilizará una cinta de un solo color, que puede ser oscura para un vestido de un tono pálido (por ejemplo negro, azul marino o marrón, sobre un vestido rosa) se pegará rizada, ya que los rizados de cinta están ahora muy de moda.

También se pueden utilizar tres cintas de diferentes anchos y colores, cortadas a trozos, y pegadas por grupos de tres, de tamaño irregular. En fin, una de las maneras más caprichosas de utilizar las cintas, en los vestidos, consiste en pegarlas con gruesas puntadas de lana formando dibujos sencillos.

En esta página, podéis ver modelos de cada una de estas cuatros combinaciones.

En un traje de terciopelo negro, se pega una cinta rosa, y otra cinta rojo geranio.

En un vestido de vuela rosa pálido,

pálido se adorna con grupos de tres cintas

se coloca rizada de cinta, de un rosa más fuerte que el del vestido. Un vestido color amarillo muy de las cuales una es amarillo canario, la otra azul marino y la tercera blanca.

Las cintas pegadas con puntadas de lana son quizá la combinación que se presta a mayor número de variaciones.

Ved por ejemplo qué encantador traje compuesto por una falda plisada de lanilla azul marino y un *jumper* de crespón azul fuerte, adornado con cintas azul marino pegadas con puntadas azul fuerte.

El mismo modelo puede reproducirse en beige y marrón, en negro y blanco, en rojo y negro, etc., etc.

Apuesto a que ya no os resulta tan absurda la manía de Rosina. Menuda satisfacción va a tener la propia Rosina cuando vea esta página y descubra tantas bonitas maneras de utilizar las preciosas cintas de su colección. En cambio, a veces su afición «cintófila» la ha valido a la pobre algún disgusto; no quiero acordarme de aquel día en que la regalaron una caja de bombones... ¡atada con cordón dorado! No os digo más sino que hasta los bombones le supieron mal.



GAUNDO



GAUNDO